

La Religión, la Burocracia y el Crecimiento Económico Moderno: Posibilidad de Revisión de la Tesis Weberiana*

Por W. F. WERTHEIM

de la Universidad de Amsterdam, Países Bajos.
Trabajo vertido especialmente del inglés para el número de la Revista Mexicana de Sociología consagrado a rendir homenaje a Max Weber, por Óscar Uribe Villegas.

En el estudio de Max Weber —tan lúcido, por otra parte—, sobre la ética protestante y el espíritu del capitalismo, la relación entre estos elementos, durante el apogeo de la República Holandesa Unida se envuelve en un difuso crepúsculo.

Por una parte, Weber estableció que los observadores extranjeros contemporáneos ascriben el tremendo crecimiento de la economía holandesa durante la primera mitad del siglo xvii al calvinismo holandés.¹ Por otra parte, parece que él mismo se percataba de que muchos de los comerciantes patricios de Holanda no eran, en forma alguna, calvinistas, ya que eran o miembros o simpatizadores de una rama más liberal del protestantismo: la de los llamados “arminianos” que seguían a Arminius, profesor de Teología en Leiden. Incluso después de que —en 1619— los arminianos fueron eliminados de la iglesia oficial, las orientaciones liberales se mantuvieron firmemente entre los comerciantes más ricos. Weber señala que los arminianos rechazaban la doctrina ortodoxa de la predestinación y que no participaban del ascetismo orientado al mundo exterior, que él considera como una de las raíces psicológicas del surgimiento del capitalismo moderno. Y es sorprendente el que Weber, en una de sus notas al calce, haya considerado que este aspecto “carecía de interés” o que tenía incluso “un interés negativo” en relación con su tesis.²

* Este estudio fue preparado originalmente para el Quinto Congreso Mundial de Sociología.

¹ Max Weber, *The Protestant Ethic and the Spirit of Capitalism* (translated by Talcott Parsons), 5 ed., 1966, p. 43.

² Weber, *op. cit.*, p. 217 (c. IV, nt. 1).

En otra de sus notas al pie³ —pues es muy frecuente que las principales argumentaciones de Weber hayan de buscarse en tales notas— elabora más explícitamente su opinión sobre el caso holandés. Ahí reconoce que el puritanismo holandés mostraba menor poder de expansión que el británico. Pero, su argumento parece indicar que la ética calvinista y el espíritu ascético (que había promovido el levantamiento de los holandeses en contra del rey español en la segunda mitad del siglo xvi), ya desde principios del xvii, había empezado a debilitarse en Holanda. Es evidente, desde su punto de vista, que el rápido surgimiento de la potencia económica holandesa estuvo relacionado aún con la ética protestante, pero que su fuerza se había visto dañada por el ascenso de los regentes patricios al poder. A tales regentes, Weber los considera como una clase de “rentistas”.⁴

Lo inadecuado de la teoría de Weber para la aclaración del caso holandés ha sido señalado más de una vez por sus múltiples críticos.⁵ Tawney arguye que la aparición de una actitud positiva frente al desenvolvimiento económico fue un desarrollo relativamente tardío dentro del calvinismo.⁶ Hyma muestra el papel que otras denominaciones y otras corrientes espirituales han desempeñado en el proceso de desarrollo económico dentro de la república holandesa. Más particularmente, indica cuáles fueron —en Holanda— las contribuciones específicas de los Arminianos⁷ a quienes se conocía generalmente como “Replicadores” a causa de la *Remonstrantia* o “Réplica” presentada en 1610 por el estadista Juan de Oldenbarnevelt.⁸ Roberson subraya la importancia de la aparición del estado renacentista y del ascenso de los comerciantes a una posición influyente dentro del Estado.⁹

En tanto, Weber, al apreciar el papel del calvinismo dentro de la sociedad holandesa, parece percibir que declina la influencia de dicho credo durante la primera parte del siglo xvii. De acuerdo con la opinión sostenida por los historiadores holandeses, el desarrollo fue, en realidad, a la inversa. A fines del xvi, eran pocos, relativamente, quienes en la población de los Países Bajos podían denominarse calvinistas, y los adherentes a este credo no debían contarse entre quienes se encontraban en la vanguardia del crecimiento económico pues, por entonces, eran raros los comerciantes prósperos. Sin em-

³ Weber, *op. cit.*, p. 273 (c. V, nt. 67).

⁴ Weber, *op. cit.*, p. 169.

⁵ Una de las mejores revisiones de los estudios críticos tempranos sobre la tesis de Weber se ha publicado en holandés por R. F. Beerling, *Protestantisme en Kapitalisme. Max Weber in de critiek* (1946).

⁶ R. H. Tawney, *Religion and the Rise of Capitalism*, Pelican Ed., 1938.

⁷ Albert Hyma, *The Dutch in the Far East*, 1942, p. 10 ss; Hyma, *Christianity, Capitalism and Communism*, 1937, p. 144.

⁸ John Lothrop Motley, *Life and Death of John of Barneveld*, 1874, p. 384/5

⁹ H. M. Robertson, *Aspects of the Rise of Economic Individualism*, 1933, p. 56 ss., y más particularmente p. 86/7.

bargo, en el curso del xvii, su número y su poder aumentaron. Después de un corto periodo de inmisericorde persecución de los Remonstrantes, por el Stadtholder Mauricio, Príncipe de Orange (que culminó en la ejecución de su rival Oldenbarnevelt (1619) y que duró hasta su muerte (1625)) su sucesor Federico Enrique (1625-1647) mantuvo una política más liberal hacia las tendencias arminianas; en la segunda cuarta parte del xvii, se ve generalmente un periodo de impacto creciente del calvinismo en la vida social de los Países Bajos.¹⁰ Con todo, de acuerdo con la profunda investigación realizada por Beins, incluso es difícil considerar que los sostenedores del Calvinismo holandés se orientaran por entonces hacia el crecimiento del espíritu capitalista.¹¹

Por tanto, está por encima de toda duda el que el crecimiento económico de la república holandesa durante su edad de oro se debió, principalmente, a fuerzas distintas de las de la ética protestante (tal y como fue definida ésta por Max Weber). Lo inaplicable de la tesis de Weber al caso holandés ha ayudado a que quienes se ocupan con la historia religiosa europea hayan podido realizar una apreciación más equilibrada del valor que, en último término, puede tener su brillante concepción.

Se siente deseo de preguntar ¿hasta qué grado puede servir el caso holandés para algo más que para el desempeño de un papel negativo? ¿hasta qué punto sirve para algo más que para reprobar parte de la tesis de Weber? En vista de que una parte importante de esta discusión, en lo concerniente a la tesis de Weber, se centra en el problema de su aplicabilidad dentro del contexto asiático moderno, me he puesto a inquirir, si un análisis más profundo del crecimiento económico holandés podría ayudar a que se entendieran mejor las relaciones entre la religión y el desarrollo económico en el Lejano Oriente. Parece que las recientes investigaciones que se han hecho en este campo han conducido a un punto en el que puede ser fértil dicha comparación.

En su estudio sobre *The Origin of Modern Capitalism in Eastern Asia*, Norman Jacobs ha tratado de comparar dos grandes países y sociedades del Lejano Oriente: China y Japón, Jacobs plantea su problema central como sigue: ¿“Por qué surgió el capitalismo industrial en una sociedad del oriente de Asia (Japón) y no en otra (China)”?¹² De acuerdo con el concepto de Weber, Jacobs trató de detectar fuerzas religiosas comparables a la ética

¹⁰ Ver por ejemplo Conrad Busken Huet, *Het land van Rembrad*, II, 5ª ed., 1920, p. 105; Pieter Geyl, *The Netherlands in the Seventeenth Century*, 2ª ed., I (1961), p. 77 ss.

¹¹ E. Beins, “Die Wirtschaftsethik der Calvinistischen Kirche der Niederlande 1565-1650”, *Nederlandsch Archief voor Kerkgeschiedenis*, Vol. XXIV (1931), p. 81 ss.

¹² Norman Jacobs, *The Origin of Modern Capitalism in Eastern Asia*, Hongkeng, 1958, Prefacio, p. IX.

protestante; pero no pudo encontrar ninguna. “No hay, dice, ningún vínculo lógico entre la religión japonesa y el surgimiento de las fuerzas capitalistas en cuanto tales”.¹³ Más, aún, él se aferró a la creencia de que “Japón desarrolló el capitalismo en forma espontánea”. De este modo, Jacobs llegó a la conclusión de que si en Japón “no surgió una fuerza positiva que apoyara la causa del capitalismo moderno”,¹⁴ por lo menos no hubo una ideología dominante que se opusiera a su aparición. Por otra parte, la ideología confuciana, dominante en China, habría sido definitivamente contraria al desarrollo del capitalismo. Jacobs avanza más aún, y llega a considerar a China (de acuerdo con la opinión de K. A. Wittfogel) como un ejemplo de “sociedad oriental”, aparentemente incapaz de crecimiento económico independiente.¹⁵ Aún cuando la correlación entre la burocracia y la religión pueda ser positiva, en opinión de Jacobs, la correlación entre burocracia y desarrollo económico sólo puede ser negativa.

Es mucho más ilustrativo el intento que Robert N. Bellah hace para aclarar la interdependencia entre los valores religiosos y el crecimiento económico, en su brillante obra sobre la religión Tokugawa (*Tokugawa Religion*). Jacobs no intenta sacar conclusión alguna del hecho de que, como él mismo admite, “los valores religiosos de Japón, a mediados del XIX, en caso de poder relacionarse con un comportamiento religioso, estaban preocupados —más que nada— con el problema del establecimiento del moderno estado centralizado”.¹⁶ Bellah, sin embargo, usa este fenómeno notable como punto de partida de sus análisis pesquisidores. Japón continúa siendo un acertijo sólo para quienes ven la historia del mundo desde la plataforma que ocupan usualmente los observadores occidentales. Para ellos, sólo existe un camino hacia el progreso económico: la vía del capitalismo privado. Para quienes sostienen esta opinión, sigue habiendo un aura de misterio en torno del problema de hasta qué grado puede considerarse al capitalismo, en Japón, como producto de un crecimiento “espontáneo”, en vista de que hubo una fuerte intervención estatal durante el periodo Meiji.

Para Bellah, Japón no constituye un caso aparte; sólo “adquiere significación especial cuando se compara con otras sociedades no occidentales”.¹⁷ En tanto que la industrialización en Occidente ha sido el producto de un lento proceso de acumulación, la industrialización en Oriente “ha sido seño-

¹³ Jacobs, *op. cit.*, p. 214.

¹⁴ Jacobs, *op. cit.*, p. 216.

¹⁵ Jacobs, *op. cit.*, p. 211.

¹⁶ Jacobs, *op. cit.*, p. 217.

¹⁷ Jacobs, *op. cit.*, p. 214.

reada o patrocinada por el gobierno, porque sólo el gobierno ha sido capaz de recaudar el capital requerido".¹⁸

Por tanto, Bellah no sale de lo razonable, cuando encuentra que los valores religiosos, en el Japón Tokugawa, no estuvieron correlacionados con el crecimiento del capitalismo privado tan positiva y considerablemente como se hubiera requerido para justificar una interpretación de la historia económica japonesa en términos weberianos. Él tampoco siente necesidad alguna de invertir la tesis básica de Weber estableciendo —como lo hace Jacobs— que la "ausencia" de factores ideológicos impidientes bastó para producir un crecimiento "espontáneo" del capitalismo a partir de una sociedad que tenía una estructura "feudal". Lo que Bellah trata de establecer es que la "Religión Tokugawa" contenía varios elementos que apuntaban hacia una ideología que, durante el periodo Meiji, habría de poder producir un profundo cambio económico patrocinado por el gobierno. Fue la clase *samurai* de funcionarios aristocráticos, y no la de los comerciantes, la que estuvo constituida por los portadores del nuevo espíritu económico. Bellah lista algunos principios de la ética *samurai* —tal y como se aplica al contexto moderno industrializado— en la forma siguiente:¹⁹

Art. 1. No preocuparse con los asuntos pequeños, sino buscar el manejo de las grandes empresas.

Art. 2. Una vez que se haya iniciado una empresa, estar seguro que se triunfará en ella.

Art. 3. No empeñarse en empresas especulativas.

Art. 4. Operar todas las empresas teniendo en mente el interés nacional.

Art. 5. No olvidar nunca el puro espíritu de servicio público y *makoto*.

Art. 6. Ser esforzado en el trabajo, ser frugal, y pensar en los demás.

Art. 7. Utilizar el personal apropiado.

Art. 8. Tratar bien a los empleados.

Art. 9. Ser atrevido al iniciar una empresa; pero, ser meticuloso para proseguirla.

En opinión de Bellah, entonces, la correlación entre religión y burocracia fue decisiva para la historia japonesa. Mientras que para Jacobs la correlación entre burocracia y crecimiento económico fue puramente negativa, para Bellah, es precisamente "una fuerte unidad política" la que explica el crecimiento asombroso de la economía japonesa.

Más aún, en opinión de Bellah, no hay contraste básico entre el caso

¹⁸ Robert N. Bellah, *Tokugawa Religion. The Values of preindustrial Japan*, Glencoe, 1957, p. 192.

¹⁹ Bellah, *op. cit.*, p. 193.

japonés y el chino. Bellah —quien es muy realista en su apreciación de lo que está ocurriendo en China y en la Unión Soviética— rechaza —o por lo menos así parece— el enfoque por el que aboga Wittfogel cuando habla de “sociedad oriental” China... “desde su desplazamiento de los valores tradicionales integrativos a los valores políticos comunistas, ha mostrado un marcado impulso en la industrialización y es de esperar que se unirá a Japón y a Rusia como la tercera de las grandes sociedades no occidentales que se industrializan”. Y Bellah concluye que “los valores políticos y la existencia de una fuerte entidad política parecen ser una gran ventaja; que quizás incluso sean un pre-requisito, para la industrialización de las áreas “atrasadas” del mundo de hoy”.²⁰

El lúcido análisis de Bellah nos hace inquirir por sus implicaciones más amplias. Si el crecimiento económico actual puede estarse debiendo a factores a los que es difícil considerar como “capitalistas” en sentido tradicional, se siente fácilmente la tentación de reconsiderar la tesis de Weber a la luz de los desarrollos recientes que se están produciendo fuera de Europa. Justamente en la misma forma en que la teoría de Weber se desarrolló mediante una comparación de la ética protestante con los valores religiosos del mundo asiático, es probable que las experiencias recientes de esa misma parte del mundo puedan indicar hacia donde debemos ver si hemos de revisar el concepto de Weber.

Si hoy es la intervención del Estado elemento decisivo para que se produzca el crecimiento económico, muy bien podría ser que los desarrollos que se produjeron en el pasado en el mundo occidental hayan provenido del capitalismo privado en una proporción mucho menor que la que suponen los observadores occidentales, educados en un mundo que consideraba a la iniciativa privada como clave decisiva del crecimiento. En su análisis del impacto de diferentes valores religiosos, Max Weber también principió por suponer que eran las actitudes de los capitalistas privados lo que había importado sobre todo. En esta conexión, apenas si atendió al espíritu de la burocracia y a otros aspectos a los que dedicó algunos capítulos en su *magnus opus*. Si hemos de citar a Bellah (quien también ha encontrado esta débil mancha en el enfoque aceptado por la historia económica occidental); “la opinión ortodoxa de la historia económica europea ha considerado, por lo general, que la ‘interferencia’ del Estado en la economía es contraria al desarrollo económico, aún cuando a ciertas políticas específicas se las haya considerado, frecuentemente, de un modo favorable. Una consideración general de la relación de la entidad política y de los valores políticos con el desarrollo económico en Occidente podría alterar, en forma significa-

²⁰ Bellah, *op. cit.*, p. 187.

tiva, la opinión tradicional”.²¹ Hasta donde se me alcanza, el Dr. Bellah no ha llegado a elaborar, hasta ahora, estas consideraciones.

A mi me parece que el caso holandés, tal como ha quedado expuesto, puede proporcionar la clave para una inquisición posterior en este sentido.

En opinión de Max Weber, al mercantilismo debería de considerársele como una transferencia de las formas capitalistas de búsqueda de beneficios a la esfera del Gobierno. “Al Estado se le trata como si estuviera constituido exclusivamente por empresarios capitalistas”.²² Por tanto, en el sistema de Weber, el mercantilismo sólo pudo surgir después de que el capitalismo —en cuanto modo de producción— hubo logrado su crecimiento pleno. Para Weber, el mercantilismo nació, en Gran Bretaña, como una alianza entre los intereses capitalistas y el Estado.²³ La política mercantilista británica se dirigió, en primer término, contra el comercio holandés. En tiempos de Weber, entre los estudiantes alemanes de historia económica aún era común que se considerase a los Países Bajos de la primera mitad del siglo xvii como un país que propugnaba los principios de la libertad de comercio. Laspeyres escribió que en ningún otro país distaban tanto las teorías que Adam Smith caracterizó como “mercantilistas”²⁴ y las actitudes económicas como en los Países Bajos.

Albert Hyma sostiene una opinión diferente: él recuerda que, incluso desde muy temprano, Walter Raleigh había observado “que el gobierno holandés estaba interesado vitalmente en promover el bienestar de sus comerciantes por doquier éstos se ocupaban en el comercio”.²⁵ En opinión de Raleigh, “el gobierno era excesivamente eficiente en vigilar todas las importaciones y exportaciones y en negociar con los gobiernos extranjeros que habían molestado a los comerciantes holandeses”. De acuerdo con Robertson, es erróneo atribuir estas notas a Sir Walter Raleigh, pues, en realidad, son de John Keymor.²⁶ Sin embargo, Hyma continúa presentando con mayor detalle varios ejemplos de intervención estatal en beneficio del comercio holandés; así por ejemplo, registra el estímulo a la importación de grandes cantidades de materias primas, y la ayuda para la exportación de productos manufacturados, también menciona las medidas tomadas con objeto de prevenir la imposición de nuevos gravámenes aduanales o el establecimiento de impuestos a la navegación en los cinco grandes ríos de Alemania, y

²¹ Bellah, *op. cit.*, p. 193.

²² Bellah, *op. cit.*, p. 192.

²³ Max Weber, *Wirtschaftsgeschichte*, 1924, p. 296. Yo no pude disponer de la traducción en inglés publicada en 1927 y 1951 con el título *General Economic History*.

²⁴ Weber, *op. cit.*, p. 298.

²⁵ E. Laspeyres, *Geschichte der volkswirtschaftlichen Anschauungen der Niederlander*, 1863, p. 134.

²⁶ Albert Hyma, *The Dutch in the Far East*, p. 14 ss.

llega a la conclusión de que los holandeses “entendieron perfectamente cuáles eran los puntos positivos del mercantilismo”.²⁷ Más aún, la influencia que el estadista Oldenbarnevelt ejerció para dar vida a la Compañía Unida de la India Oriental, en cuanto cuerpo comercial monopólico (1602), es un ejemplo notable de intervención oficial en la empresa privada capitalista.

¿Quiénes fueron los funcionarios que desempeñaron parte tan activa en el crecimiento económico de la joven República? ¿No fueron esos mismos “regentes” a quienes Max Weber —en las pocas líneas de su “Ética Protestante” consagradas a los Países Bajos— hace a un lado de una plumada como meros *rentistas*? Esto llegaron a serlo esos patricios; pero lo fueron en un estadio muy ulterior, cuando la República había rebasado ya la cúspide. En el periodo que se considera generalmente como decisivo para el surgimiento de la república en las primeras décadas del siglo xvi, fueron ellos, en su mayor parte, administradores vigorosos y eficaces; al mismo tiempo, eran comerciantes pudientes, interesados activamente en el comercio. E incluso después de que muchos de ellos se retiraron del comercio activo, cuando ya habían desarrollado un estilo de vida más aristocrático (en los segundos veinticinco años del siglo xvii), siguieron siendo caballeros emprendedores, empeñados activamente en empresas del tipo de la reclamación de tierras al mar.

Las personas que condujeron a la joven República durante su florecimiento eran, ciertamente, en su mayoría, distintas de los vanguardistas capitalistas. Algunas de ellas eran calvinistas, como en el caso del burgomaestre de Amsterdam, Reynier Pauw, el mayor adversario de Oldenbarnevelt (adversario suyo aún cuando ambos habían participado destacadamente en la fundación de la Compañía Unida de la India Oriental). Pero, la gran mayoría de los regentes y de los comerciantes de buena posición pertenecían a un tipo diferente, según reconoce Weber. Si se exceptúa un corto periodo que subsiguió al desplazamiento de la lealtad del Príncipe Mauricio hacia la facción calvinista, los moderados y los simpatizadores de la tendencia arminiana formaron mayoría entre los regentes principales de Amsterdam. El historiador holandés Johan E. Elias (quien ha escrito una obra de general aceptación sobre la historia de los Padres de la Ciudad de Amsterdam) identifica a veinte regentes (de los que seis habrían de ser futuros burgomaestres) en la lista que contiene los nombres de quienes, en 1628, firmaron una petición que se dirigió al Consejo de la ciudad de Amsterdam en favor de los “replicadores”; la mayoría de las otras firmas provenían de gente asimismo próspera y prominente. En el mismo año, los ciudadanos calvinistas enviaron una petición a los Estados de Holanda;

²⁷ Ver *Robertson*, op. cit., p. 66.

en ella se quejaban de la laxa actitud de las autoridades de Amsterdam hacia los “replicadores”. Entre quienes firmaron esta protesta hubo sólo un regente; de los restantes, la mayoría estuvo constituida por almacenistas.²⁸

Parece que, durante el florecimiento de la República, quienes eran más activos en el desarrollo de la empresa capitalista en gran escala, o pertenecían a los replicadores arminianos o eran más o menos indiferentes en materia de religión. Un ejemplo notable de este tipo de administrador es el del burgomaestre de Amsterdam, Andries Bicker, quien en los segundos veinticinco años del siglo xvii igualó o incluso sobrepasó al Príncipe Federico Enrique en cuanto a poder político, y a quien se ridiculizó una vez, en un poema satírico, en el que se decía que él aspiraba a convertirse en el “soberano” de los Países Bajos. Así, por ejemplo, fue él quien produjo la intervención holandesa en la guerra entre Suecia y Dinamarca, en beneficio de la primera, con el fin de poner en vigor la libertad de tránsito a través del Sund (1645).

Surge ahora el problema de determinar hasta qué grado puede atribuirse el espíritu de empresa de los comerciantes y regentes replicadores a sus convicciones religiosas, y hasta qué punto puede hacerse en forma positiva, que pueda asemejarse a la relación entre la ética protestante y el espíritu del capitalismo, que elaboró Weber. La forma de vivir —sobria y restringida— de los comerciantes holandeses de las primeras décadas de la Edad de Oro, que se admite como uno de los pre-requisitos para la empresa capitalista, se puede atribuir, en parte, a sus convicciones religiosas; pero ¿no es más probable el que dicha forma de vivir sea atribuible al origen burgués de esta clase patricia, cuyos miembros aún no aprendían a disfrutar, en la opulencia, de los frutos de su esfuerzo tal y como están acostumbradas a hacerlo otras aristocracias más maduras?

A primera vista, puede parecer que hay que atribuir el florecimiento de la empresa holandesa más a los aspectos negativos de la religión dominante que a sus cualidades positivas. Varios observadores contemporáneos han atribuido la prosperidad de la república holandesa a la actitud liberal hacia las religiones extrañas. Tawney²⁹ cita a William Temple, a William Petty y a de la Court, y señala cómo ellos atribuyeron la prosperidad de los holandeses al hecho de que todos podían practicar la religión que les parecía más apropiada. Si esto fue verdad, debe haber sido la indiferencia o la moderación en materia religiosa lo que debió haber contado para el crecimiento económico, más que el contenido o espíritu positivo de una religión específica. En ese caso, el crecimiento económico se debería de atribuir, en medida considerable: al espíritu de humanismo que prevalecía desde el Renacimiento; a la inqui-

²⁸ Hyma, *op. cit.*, p. 18.

²⁹ Johan E. Elias, *De vroedschap van Amsterdam 1578-1795*, I (1903), p. III, nt. 5.

sitividad de la mente humana aventurera, abierta a nuevos descubrimientos, y a la falta de inhibiciones enraizadas en los dogmas religiosos.³⁰

Pero, un escrutinio más riguroso, hace que parezca posible afirmar que pudo haber sido la ideología positiva de los “replicadores” la que desempeñó papel más activo en la joven república.

En tanto que el concepto original de la *Remonstrantia*, elaborado por los teólogos armenianos, tras la muerte del profesor Arminius, de Leiden, parece haber tenido el carácter de un credo religioso y de una justificación de la exegética arminiana, el texto final (tal y como fue enmendado por Oldenbarnevelt y como fue presentado por él, en 1610, en beneficio de los “replicadores”, a los Estados de Holanda) tuvo un carácter diferente.³¹ Dicho texto se había convertido en un documento político que invocaba la intervención del Estado para garantizar a los arminianos la libertad de culto. De este modo, entró en juego la relación entre el Estado y la Iglesia. Incluso hay indicaciones de que Oldenbarnevelt (cuyas convicciones personales pueden haber estado más próximos de las de los calvinistas que de las de los arminianos) se vio inducido a hacer este movimiento para fortificar la posición del Estado. Representaba él, en esencia, a la clase regente, que no podía soportar que los clérigos dogmáticos, de estrecho criterio, interfirieran en sus asuntos mundanos. Y Grotius, el famoso compañero de Oldenbarnevelt en la lucha entre los “replicadores” y los calvinistas contra-replicantes, llegó incluso a abogar por que se impusiera la doctrina religiosa arminiana como teología oficial que el Estado debería de proclamar. Por otra parte, también fue por razones políticas por lo que el Príncipe Mauricio se puso al lado de los contra-replicantes fanáticos, con el fin de derrotar a su adversario Oldenbarnevelt. Existe una historia —cuya autenticidad no se encuentra por encima de toda duda— en el sentido de que Mauricio, antes de tomar su dramática decisión, habría dicho que realmente no sabía si la predestinación era verde o azul.³²

Weber mantiene que el dogma de la predestinación contribuyó a la determinación calvinista de intervenir en los asuntos mundanales. Pero, en la época de la lucha entre los replicadores y los contra-replicadores fueron precisamente los primeros quienes, al rechazar la predestinación, basaron su posición en que creyeron en la capacidad del hombre para mejorar sus caminos mediante su propio esfuerzo. En este caso, tal rechazo pudo haber cumplido la función de estímulo para que los administradores holandeses pudieran proseguir enérgicamente las tareas que tenían que desempeñar.

³⁰ Tawney, *op. cit.*, p. 187.

³¹ Jan en Annie Romein, *De lage lander bij de zee*, Phoenix Pocket, 4ª ed., II (1961), p. 133/4.

³² H. Y. Gronewegen, “Arminius en de Remonstrantia”, en G. J. Hering (ed.), *De Remonstraten*, 1919, p. 68 ss.

Todavía no se realiza un estudio más detenido del movimiento “replicador” y de sus relaciones con la ética burocrática; pero es evidente que hay una distancia enorme entre el llamado a la tolerancia religiosa apoyado por Oldenbarnevelt en beneficio de los “libertinos” arminianos (que era como se llamaban sus adversarios) y el shintoísmo estatal desarrollado por el Japón imperial durante el periodo Meiji. Más aún, en el grado en que el interjuego entre las creencias religiosas y la eficacia burocrática tenga que ver en ello, una investigación ulterior que llegare a realizarse algún día y que estuviere referida a fenómenos paralelos, podría llegar a ser de utilidad.

Tal estudio debería de abarcar el papel ulterior de la intervención estatal en el proceso de desarrollo del capitalismo moderno. En el siglo XIX, una fiera competencia de los intereses británicos imposibilitó el florecimiento de la industria alemana fuera del marco de un fuerte apoyo por las instituciones gubernativas. Werner Sombart ha mostrado claramente cuál fue el papel desempeñado por el *Deutsche Reichsbank* al promover el desarrollo industrial alemán.³³ A pesar de que las acciones del *Reichsbank* estaban en manos privadas, los directores del banco eran funcionarios nombrados por el Kaiser. Sombart dice, por ello, que el banco era un injerto de empresa capitalista y de “antigua corrección prusiana”.³⁴ Esta expresión indica que una pesquisa ulterior sobre la ideología y las creencias religiosas de los burócratas prusianos puede llegar a contribuir a que descubramos mejor cuáles son los componentes ideológicos del crecimiento económico.³⁵ La influencia de otras medidas gubernativas —tales como las tarifas restrictivas de la expansión de la moderna industria alemana a través del siglo XIX— debería de reconsiderarse cuidadosamente, sin ningún preconcepto acerca de los beneficios del liberalismo económico.

Este análisis puede arrojar nueva luz sobre el paralelismo entre el papel de la reforma religiosa en Europa occidental y el de los cambios en los países del Lejano Oriente.

En el año de 1961, en un estudio sobre los movimientos reformistas religiosos de Asia meridional y sudoccidental,³⁶ traté de distinguir varios estadios en el desarrollo de las actitudes religiosas frente al capitalismo emergente. Señalé que, en tanto que la primera reacción de los reformistas frente a los desarrollos capitalistas pudo ser de rechazo, se desarrolló después una nueva tendencia, un segundo estadio, una vez que la burguesía indepen-

³³ Romein, *op. cit.*, II, p. 38.

³⁴ Werner Sombart, *Die deutsche Volkswirtschaft im 19. Jahrhundert und im Anfang des 20. Jahrhunderts*, 4ª ed., 1919, p. 171 ss.

³⁵ Sombart, *op. cit.*, p. 175.

³⁶ Véase también Sombart, *op. cit.*, p. 64, sobre el papel de la burocracia prusiana en la promoción del crecimiento económico antes del siglo XIX.

diente, que confiaba en sí misma, empezó a aspirar a una ideología optimista que afirmara la posibilidad de incrementar las fuerzas productivas de la humanidad. “Los comerciantes prósperos, los administradores modernos y los que se ocupaban en las profesiones liberales sólo le pedían a su religión dos cosas: satisfacción a sus esfuerzos para expandir sus empresas y su radio de acción, y medios para vivir fácilmente, confortados con sus propias opiniones ilustradas”.

Dentro de la cristianidad, mencioné a los “replicadores” holandeses, considerándolos como un ejemplo temprano de movimiento reformista de este tipo, y después continué enumerando varios paralelos en la historia asiática reciente. También señalé la tercera etapa en el desarrollo de estos movimientos religiosos: en ese tercer estadio, tales movimientos tendieron a perder su carácter liberal, y se volvieron más rígidos después de que la ciencia y la racionalidad habían enraizado ya entre la pequeña burguesía. Tenía yo en mente —entonces— la ética protestante —tal y como fue concebida por Weber— la cual pondera los considerables esfuerzos realizados en el comercio o en las manufacturas; esfuerzos a los cuales habría que considerar, en sí, como píos. Quienes buscaron paralelismos weberianos en el Asia moderna se preocuparon por estudiar, sobre todo, grupos como los de los comerciantes reformistas del último tipo “puritano”, y a ellos los consideraron como los agentes más probables del futuro crecimiento económico. Así, por ejemplo, Clifford Geertz —que hizo un penetrante estudio de una religión de Java Oriental (Indonesia)³⁷ vio, en los musulmanes píos (en los *santris* que representan, de un modo predominante, una clase urbana pequeño-burguesa de tipo *bazaar*) a los futuros agentes de crecimiento económico javanés.³⁸ En ese grupo de comerciantes almacenistas, el reformismo islámico ha enraizado firmemente. Así, Geertz enfoca los desarrollos actuales de un país asiático desde un punto de vista que, por ser occidental, puede ser poco apropiado para los países de fuera de Occidente.

Como he señalado en ese estudio mío que ya he mencionado, parece improbable que en el Asia moderna los portadores de una ideología apropiada para una clase de pequeños comerciantes pueda disponer de tiempo suficiente para imitar el papel desempeñado por un protestantismo más rígido en Europa occidental. Conforme al análisis previo, es más probable que haya que buscar a los constructores de una economía moderna en otras capas: entre aquellos administradores eficientes que muestran algunas de las cualidades y que sostienen concepciones como las que fueron desarrolladas, en tiempos previos, por los “replicadores” holandeses, y, como las soste-

³⁷ *Archives de Sociologie des Religions*, 1961, n° 12, p. 53.

³⁸ Clifford Geertz, *The Religion of Java*, 1960.

nidas más recientemente, por sus contrapartidas aristocráticas y burocráticas, en el Asia moderna.

En el caso de la sociedad javanesa —por ejemplo— esto podría significar que, al buscar la base de creación más propicia para el desarrollo industrial moderno, debería volverse la vista a tendencias que se manifiestan fuera de la clase de los pequeños comerciantes que representan una *pía* civilización *santri*. Muy bien pudiera ser que los *santri* no tuvieran futuro en las presentes condiciones mundiales, y que hubieren de verse sumergidos por grupos con diferente visión de las cosas. Esto sugeriría que es más probable que en Java llegue a desarrollarse una ideología capaz de conducir al crecimiento industrial moderno, entre los modernos representantes de la clase aristocrática *priyayi* (que es más o menos comparable con la clase de los regentes en la república holandesa) y entre los dirigentes que emergen del pueblo javanés común al que se llama *abangan* (cuya actitud general hacia la vida es considerada por Geertz, según parece, como incompatible con el crecimiento económico, debido a su colectivismo, que enraiza en la tradición rural javanesa).³⁹ En mi opinión, es este colectivismo *abangan*, tolerante y sincrético, combinado con las cualidades administrativas estimuladas entre la clase *priyayi* modernizada, el que puede proporcionar muy bien una base para la creación tanto de un aparato burocrático como de unas formas de organizaciones modernos (como las cooperativas y los sindicatos) y que, en el contexto contemporáneo, éstos pueden conducir más fácilmente a un crecimiento industrial, un capitalismo de viejo cuño, basado en la búsqueda de la ganancia.

El problema básico de Max Weber consistía en explicar por qué razón nació el mundo industrial moderno en Occidente y no en otra parte. Como él no pudo concebir otra forma que la capitalista, tuvo que buscar causas psicológicas que siendo operantes en Occidente, pudieran dar cuenta del nacimiento de un espíritu capitalista exclusivo para esta parte del mundo, y hubo de buscarlas fuera de condiciones sociales y económicas comparables. Esas causas psicológicas las encontró en los valores religiosos que distinguían a Occidente de todos los tipos de sociedades orientales.

Como nuestra experiencia rebasa la de Weber, tenemos que desplazarnos hacia el problema, diferente, de determinar ¿por qué razón Oriente ha tendido a seguir, en el desarrollo moderno, una vía que es diferente de la de Occidente? Y hay que preguntar también ¿hasta dónde deberá revisarse

³⁹ Véase por ejemplo el estudio comparativo de dos poblados indonesios (mimeografiado) escrito por Geertz *Social Change and Economic Modernization in two Indonesian Towns*, 1959, ch. 3, p. 25. Sus opiniones sobre la jefatura en Bali es, con todo, diferente, en cuanto que el autor enfatiza la importancia de los elementos aristocráticos como grupo empresarial dominante.

nuestra explicación de lo que ocurrió en el mundo occidental, sobre la base de las experiencias más recientes que han sido recogidas en Asia?

Según todas las apariencias, el argumento que he desarrollado aquí va en contra del modo de razonar de Weber, e implica, ciertamente, una inversión de su tesis, en cuanto la ética protestante, combinada con el espíritu del capitalismo, *en tanto agente principal de progreso económico*, ha sido substituido, en mi hipótesis, por *un humanismo sobrio y restringido combinado con una lealtad hacia el Estado*.

Con todo, en sus elementos esenciales, el enfoque de Weber puede seguir siendo fecundo para estimular un análisis más penetrante del problema. Contra los teóricos marxistas que sostenían que las ideologías religiosas no eran sino el reflejo de las condiciones económicas, Weber postuló el significado autónomo de las fuerzas espirituales dominantes en la religión.

Muy bien puede ser que en la relación entre la ideología y la burocracia, que hemos elaborado anteriormente, las fuerzas espirituales retengan su papel autónomo. Contra quienes pretenden que el espíritu de los administradores que estimulan el crecimiento económico no es sino un reflejo de las fuerzas económicas existentes, me aventuraría a afirmar que, en la práctica, en los países que se encuentran bajo la dominación marxista, *ha quedado demostrada la fuerza espiritual que se encuentra latente en una ideología*.

Sin su sobriedad espartana y la estricta devoción hacia su causa, quienes han construido o están construyendo los modernos estados industriales de Oriente nunca hubieran sido capaces de construir, o nunca podrían llegar a edificar esas contrapartidas del imponente edificio de la sociedad industrial británica del siglo XVIII que, de acuerdo con Max Weber, se habría basado en la ética protestante.